

CONFERENCIA

de D. Tulio Ospina, Rector de la Escuela.

La circunstancia de haber solicitado los antiguos alumnos de la Escuela de Minas el costear y dirigir la alegre fiesta con que, por práctica implantada de poco tiempo acá, debemos separarnos los que durante un año hemos compartido, bajo el hospitalario techo de este Instituto—como Profesores y como estudiantes—las alegrías y los sinsabores de las labores escolares, me proporciona, de una manera natural, el tema de la conferencia íntima y familiar con que debo clausurar el año escolar.

La unión, la confraternidad, y aún pudiera decir la solidaridad, que ligan a los alumnos que van saliendo de un Instituto, tanto entre sí como con relación a los que posteriormente ingresan en él, no es cosa natural en nuestra raza versátil e inconstante; y por eso me sorprende el que espontáneamente se haya desarrollado en la Escuela de Minas. Esa atracción simpática entre todos los que, si quiera sea por un corto tiempo, han permanecido en ella, lo observé por primera vez, hace varios años, en una visita a la mina del Zancudo. Media docena de mis antiguos discípulos, que trabajaban en ésta y en establecimientos industriales vecinos, se dieron cita para obsequiar a su viejo Profesor, y recordar las anécdotas y los incidentes de la vida estudiantil, en una velada íntima que jamás olvidaré.

Mas si esta solidaridad de por vida es extraña a nuestra raza; por un contraste natural, es ella antigua y tradicional entre los perseverantes y conservativos pueblos de sangre germana; y bien vale la pena de que indaguemos la causa de la extraña excepción que estamos presenciando.

En mi humilde concepto, este fenómeno se debe al carácter especial que los fundadores de este Plantel logramos imprimir al comercio entre superiores y alumnos, y que se ha perpetrado en él de una manera invariable. Contrariando el formalismo y las tradiciones jerárquicas exageradas que han caracterizado de tiempo atrás a nuestros establecimientos docentes superiores, por herencia natural de la etiqueta española, en la Escuela de Minas, desde su fundación, ha reinado la cordialidad, más aún, la familiaridad discreta, entre los que enseñan y los que estudian, sustentadas por la más exquisita cortesana de parte y parte. La buena conducta moral y el cumplimiento de los deberes escolares no se han confiado al castigo, sino al estímulo noble y generoso, que da a cada alumno entre sus compañeros el puesto que merece.

De aquí que la vida y el trabajo en la Escuela de Minas hayan sido siempre gratos y fecundos para todos. De aquí el sentimiento de estimación y respeto mutuos que son el bálsamo que suaviza las contrariedades inevitables en la existencia, de las cuales no está exenta la vida estudiantil. De aquí esa noción de vida íntima de familia, agradable y benéfica, que experimenta todo el que viene a nosotros con el propósito honrado de ilustrar su inteligencia y ennoblecer su corazón practicando todas las virtudes que exige el elevado estado social que ha alcanzado nuestra patria.

Sentimientos de este género no se borran jamás de la memoria, y en todo tiempo es grato reavivarlos y renovarlos con la vista del lugar donde los concebimos y el trato de los compañeros que supieron inspirarlos y corresponderlos.

Pero ya que vivimos en una éra esencialmente práctica, y que Colombia clama por la acción fecunda y eficaz que reemplace la vana palabrería que lo ha dado en el mundo la poco envidiable reputación de ser el pueblo del buen decir y del poco hacer; ya que nuestra Escuela es en el país el centro por excelencia de las enseñanzas prácticas y positivas, es preciso que aquel sentimiento de fraternidad y solidaridad se aproveche, así como han de aprovechar los que aquí se educan las fuerzas vivas de la naturaleza, en beneficio del progreso y la prosperidad del país.

Nada es tan eficaz para el engrandecimiento de un pueblo como la unidad de aspiraciones entre los ciudadanos que lo forman, y muy especialmente entre las clases intelectuales y dirigentes. Cuando los españoles no tuvieron otros propósitos que los de expulsar de su territorio a los invasores africanos y defender sus creencias religiosas de los ataques de la reforma, unánimes todos en sus empresas llegaron a una prosperidad y una grandeza que el mundo no había conocido desde los gloriosos tiempos de Roma.

Alcanzado el objeto que buscaban aparecieron las opiniones encontradas, las luchas intestinas, la incapacidad de formarse un programa estable de desarrollo y de progreso, que hasta hace poco tiempo han mantenido a la madre patria en la inercia o la anarquía.

Inglaterra nos presenta el caso contrario. Mientras estuvo formada por pequeños reinos y condados con aspiraciones encontradas; mientras el fanatismo y la intolerancia reinaron entre las diversas sectas en que se dividió, su estado social no pasó de la barbarie inquieta e infecunda. Mas vencidas por la más cruel experiencia aquellas fuentes de discordia, los ingleses aunaron todos sus esfuerzos en cimentar la libertad y la tolerancia en su propio país, y en dominar el comercio universal; y de entonces para acá su prosperidad ha sido pasmosa, y después de cada conflicto europeo sorprenden al mundo con el éxito de alguno de los propósitos trascendentales que de años atrás vienen contemplando unánimes, en discreto silencio.

He querido señalar el fenómeno histórico que enuncié, en los pueblos que mejor caracterizan las dos razas que desde hace veinte siglos se disputan el dominio del mundo, para hacer penetrar en vuestro ánimo la convicción de que el progreso y el engrandecimiento no son privilegio de determinada raza, sino el resultado de la unión, la cordialidad y la unidad de miras y propósitos.

Parece que Colombia, sin formular categóricamente esta conclusión, se va inclinando a obrar de conformidad con ella, por un sentimiento que me atrevo a llamar instintivo. La feroz intolerancia política va cediendo el campo al verdadero patriotismo; las mezquinas ambiciones lugareñas huyen ante un espíritu verdaderamente nacional; y ya nos preocupan, más que las elecciones y la polémica periodística, el arreglo de los graves asuntos internacionales, el desarrollo de la instrucción popular, las mejoras materiales y el incremento de la riqueza pública. Si, Colombia ha formado

el propósito de engrandecerse; y nosotros, como buenos hijos suyos, debemos poner al servicio de tan noble aspiración las fuerzas individuales y colectivas de que disponemos, entre las cuales no es de las menos importantes la confraternidad y el espíritu de cuerpo de nuestra Escuela de Minas; porque además de ser quizás ésta, en la República, el Instituto donde mayores esfuerzos oficiales y particulares se hacen para forjar los hombres de acción que reclama la época, sus enseñanzas abarcan todos los ramos que la opinión pública señala como el campo donde deben realizarse los progresos que han de regenerarnos y darnos lustre y prosperidad.

En efecto, nuestros alumnos no están llamados solamente a impulsar la minería por sus conocimientos vastos y especialísimos en ese ramo, que los estudios de química, física, electrotecnia y maquinaria los hacen aptos para fomentar la agricultura y las industrias fabriles. Al mismo tiempo que la enseñanza de Economía Política y Economía Industrial les señalan un puesto de honor en el mejoramiento de la administración pública y la privada y en el desarrollo de la riqueza nacional.

La elección acertada de las vías férreas que más necesitamos, y su construcción científica y económica corresponderán en gran parte a nuestros ingenieros civiles; y finalmente, su variadísima ilustración y el conocimiento práctico de los métodos modernos de enseñanza, darán a todos los alumnos de esta Escuela la aptitud necesaria para influir ventajosamente sobre la instrucción pública en general.

Aprovechar eficazmente en bien del país tan felices circunstancias, es el objetivo principal que hemos de dar a la confraternidad que en buena hora se ha desarrollado en nuestra Escuela. Aquí, en el curso de la enseñanza, en las visitas frecuentes que nos hacen los antiguos alumnos, y en reuniones generales como la presente, deben discutirse los problemas de interés general que se relacionan con los diversos ramos que acabo de señalar, tratando de unificar las opiniones de todos respecto a los programas que deben seguirse. Una vez conseguida esa unidad de aspiraciones y propósitos, que he apuntado como la circunstancia más favorable para el progreso del país, la acción de los alumnos antiguos, presentes y futuros, de la Escuela de Minas, dispersos por todos los ámbitos de la República, y trabajando de consuno y sin tregua por ver realizados esos programas, será de una eficacia incalculable para la prosperidad de nuestra patria.

Este objetivo primordial no amenguará en nada las otras ventajas que se derivan de la solidaridad y fraternidad entre todos los hijos de esta Alma Máter; como los esfuerzos por mejorarla y engrandecerla, y el apoyo mutuo que nuestros alumnos se prestan dondequiera que se encuentran.

Dije al principio que esta amable y sorprendente confraternidad nace en el corazón de cada alumno en los claustros mismos de la Escuela, y es preciso estudiar el carácter que ella debe tener en su cuna, cuando todavía no puede ejercer la acción fecunda que le he señalado fuera de aquí. Esa solidaridad debe encaminarse a estimularnos mutuamente en el trabajo, a ayudarnos en las contrariedades a que todos estamos sujetos, a depurar a la Escuela de todo lo que pudiera hacerla indigna del aprecio con que la mira la so-

ciudad en general y del afecto que le profesan sus antiguos alumnos; pero en ningún caso a encubrir y a proteger, por un compañerismo necio e inconsciente, vicios, faltas o defectos, que si llegasen a implantarse entre nosotros, harían que los que hoy aman y buscan a la Escuela como a una madre querida, renegasen de ella, avergonzados.

Sólo me resta, para terminar, dar en mi propio nombre, e interpretando los sentimientos naturales de los actuales Profesores y alumnos de la Escuela, los más enplidos agradecimientos a los antiguos alumnos, que tan gallardamente nos obsequian y nos honran.

DISCURSO DEL SR. DR. CARLOS COCK

COMPAÑEROS Y AMIGOS:

Estoy seguro de que la profunda complacencia que experimento ahora es común para todos, y de que todos sentirnos calofríos de entusiasmo y soplos de legítimo orgullo al congregarnos en esta fiesta de los hijos de la Escuela de Minas.

Y a fe que nos sobra razón: es que a más de los nexos que los claustros escolares establecen, tenemos ya como título honorífico el haber sido alumnos de esta Escuela.

Por acertada iniciativa, felizmente sostenida en persistente labor, la educación que aquí se recibe no forma únicamente técnicos, sino que ante todo y por sobre todo forma caballeros en el más estricto y hermoso sentido del vocablo.

No se hace memoria de alumno alguno salido de esta Escuela que haya deshonrado su nombre, en esta época de derrumbamientos morales, con pecados de improbidad. Y a tal extremo informa ese espíritu de honradez el alma de nuestra Escuela, que en la conciencia de todos sus discípulos encontraréis la convicción de que no hay parvidad de materia en faltas contra el séptimo. Al hablaros de esto, no me refiero solamente al concepto vulgar de atentados contra la propiedad, sino muy especialmente al respeto y devoción que consagramos a los fueros de la verdad en todas sus manifestaciones. Quizá el cultivo de las matemáticas puras haya sido determinante eficaz en esta orientación.

Con tan robusta simiente no es raro que de olla hayan brotado todas las delicadas florescencias de virtudes sociales que integran al caballero. Cuando estrechamos, pues, la mano del condiscípulo sabemos que merece ser nuestro hermano.

En otros tiempos el caballero mancillaba sus manos si las hacía trabajar, porque considerábase que esa era ocupación sólo digna de esclavos; el concepto moderno ha destruido esa preocupación, y hoy, sólo el vago es, en la conciencia pública, el único merecedor de la esclavitud. Esta inversión de conceptos es en mi opinión la característica diferencial entre la edad media y la presente época creada al amparo de la libertad.